

El amor y occidente, D. Rougement, comentario crítico

Oriol Nogueras Maza, 1998

www.onogueras.com / ops1979@gmail.com

Es muy posible que una reflexión sobre el amor nos conduzca de manera inevitable hacia una disparidad de opiniones y criterios. Bajo mi punto de vista, Denis de Rougement argumenta en este libro sus propias convicciones acerca del amor y la desdicha junto a un repaso histórico-literario a partir de la evolución e influencia del mito tristaniano en nuestra historia y en nuestro mundo actual. Elige el mito de Tristán Isolda como panacea del amor, o mejor dicho, del amor-pasión, alrededor del cual vehicula todo su ensayo.

¿Qué entiende el autor por amor-pasión? Tal como él responde en el libro, deberíamos entenderlo como amor desgraciado, la desdicha del amor que provoca en las almas de los amados un fervor místico. Sin duda es un amor lleno de obstáculos y problemas pero que de manera asombrosa provoca en los que lo sienten el efecto contrario a la desdicha, un amor por encima de todo. Es por este motivo que el autor escoge el mito de Tristán como centro sobre el cual estructurar su ensayo. El Tristán, a los ojos de Rougement, ejemplifica los valores del amor-pasión, un amor sin límites, un amor medio divino, un amor desgraciado que, como no, según el autor busca la muerte como punto final y glorificador. Tristán e Isolda personifican esa desgracia en el amor, con el filtro como excusa o como razón, mantienen un amor lleno de obstáculos y miserias que va más allá de un "amor sexual" o carnal, goza, sin duda, de un carácter sagrado.

La atracción por aquello difícil, que merece gran esfuerzo, o simplemente por lo imposible, producen en el hombre unas ganas locas de conseguirlo. Rougement nos plantea aquí la fascinación y el gusto que sentimos en el amor hacia algo imposible, hacia una dama que resulta ser, en el mito cortes, medio idea, inalcanzable, cerca del platonismo. La Psicología de Freud secunda de alguna manera esta idea: habla de dos tipos de mujeres para el hombre (creo que también es válido para la mujer); la primera es la "mujer madre", aquella que cuida al hombre, se entrega a él por completo, le ofrece estabilidad, sexualmente pasiva, etc; la segunda, la "mujer puta", aquella por la que el hombre haría locuras, aquella que le domina hasta la saciedad, sexualmente activa y que por todo ello le provoca tensión

y sufrimiento. Extrapolándolo, y repasando también a Rougement, es evidente que el hombre siente pasión por la segunda, con o por ella moriría, le provoca desgracia y dolor, pero es a ella a quien realmente ama. No sé hasta que punto el mito deja huella en nosotros, pero si parece claro que la moral burguesa actual, tal como la define el autor, nos lleva a casarnos con la primera precisamente en base a la fidelidad, imposición social que elimina cualquier tipo de vestigio mítico y pasional.

En la voluntad de interpretar la influencia del mito tristaniano en nuestra historia y en nuestra concepción del amor, Rougement incurre en un análisis profundo del mismo, de sus valores y de la correspondencia de estos a las raíces culturales de la época en que el relato se conoce. Plantea la historia como una apología del amor cortés frente a la "moral feudal", que lleva a sus protagonistas a pasar por encima del protocolo feudo-medieval para llevar su amor hasta las últimas consecuencias. Por ello, por el amor cortés, el amor entre Tristán e Isolda se produce fuera del matrimonio, la gloria reside precisamente en esto, un amor verdadero lleno de obstáculos. Según el autor, en la posesión, en el matrimonio, el amor desvanecería, no podría colmar las aspiraciones de uno y otro, y perdería la pasión. A pesar de la fidelidad al amor cortés, como el mismo reconoce, en el Tristán hay una falta, se llega a la unión carnal de los cuerpos, algo inconcebible dentro de la retórica entre dama y amante de la poesía trovadoresca, pero que aquí la encontramos desde el inicio, hay una traición mística. A pesar de esto, el acto de realización del amor carnal, como reconoce el mismo autor, es un hecho que no debe sorprendernos dentro de los romances bretones, amor cortés novelado y lleno de aventuras en el que se suele incurrir o llegar a la culminación del acto amoroso carnal entre la dama y el amante.

En su análisis es curioso también apreciar la importancia del obstáculo dentro del mito y como parte importantísima del citado amor-pasión. Sin él, sin este muro simbólico, el amor no disfrutaría de su carácter pasional, dentro de la aventura el obstáculo es algo obligado, algo a lo que los amantes se deben y necesitan para hacer de su amor algo más, sin él, el amor-pasión perdería todo su valor. Sin duda el obstáculo forma parte de la desdicha, provoca sufrimiento y por ello, como hemos dicho, atrae a los personajes, en el afán de llevar su amor más lejos, hay una búsqueda, cuando no aparecen por sí solos, de los obstáculos mismos.

Me ha sorprendido por igual la afirmación de un amor falso, como comenta, un "falso amor recíproco", como aspecto importante para entender el amor desgraciado. En la búsqueda de la fatalidad, los amantes se aman a sí mismos, amor egoísta, no aman al otro, "aman amar". De ahí la sensación en la separación, el gusto por la lejanía, que aparece de forma canónica en Rudel, y que encontramos también aquí. La sensación de separarse es un obstáculo mas, les hace ser más desgraciados aún, pero de alguna manera el mismo sufrimiento por la ausencia se convierte en felicidad por la misma sensación sufrida. Es un goce interior y personal por la desgracia de uno mismo al no hallar cerca el objeto deseado.

Repasando las posibles influencias del mito de Tristán, Rougement llega a una conclusión clara que defiende a lo largo del ensayo: la importancia de la tradición cátara dualista dentro del amor cortés y por consiguiente también dentro del amor en el Tristán. Puntos clave como la negación del cuerpo como prisión del alma, la negación del matrimonio, la glorificación de la castidad, etc., puntos que se repiten dentro de la tradición cortés y dentro de la herejía catara. Ambos hacen del amor algo divino, la dama adquiere un revestimiento místico y se convierte en una "fe". Para ello existe en el hombre un deseo de unión mística solo abarcable con el bien último, la muerte, según Rougement, como la negación maniquea del amor en vida. He aquí uno de los puntos más conflictivos dentro de las tesis de Denis de Rougement: el silogismo que hace entre la tradición herética cátara y su mística que tiene como bien último la muerte como liberación del alma junto a la influencia de esta en el Tristán, le lleva en el texto a conjeturar el amor del mito Tristaniano como un amor a la muerte, como una mística de la muerte. A diferencia de Michel Cazennave, que ve en el mito de Tristán una mística de la vida, una nueva vida, Rougement valora el mito como una persecución voluntaria de sus personajes hacia la muerte como fuente de liberación última y la llegada a ella como la plenitud de su amor. Remitiéndonos a sus palabras, "es una elección por un amor todo poderoso", dentro de lo que considera un espíritu claramente religioso, que les lleva a la "penitencia", a la muerte, que no llega a ser tal pena porque es precisamente el lugar de plenitud de su amor y de glorificación divina.

En la valoración que hace del Tristán como amor místico y como amor a la desdicha dentro de una relato de sufrimiento, el autor relaciona el texto tristaniano a la mística española en el ámbito de la experiencia en la unión y consiguiente "desunión" de Dios. El recuerdo del momento de separación como la narración de desesperación y de sufrimiento aparece

también en el Tristán con la lejanía y la distancia en la de separación de la dama ante la impotencia de la unión, que nos vuelve a remitir a la poesía de Jaufre de Rudel y su amor de *lonh*. El amor de Tristán se incrementa con la lejanía así como la desesperación, al igual que sucede con la mística femenina, como en Melhthild von Magdeburg, donde después de la consecución de la unión, el relato se transforma en una caída, que deja al ser en un estado de vacío y soledad.

Repasadas las influencias en la configuración del mito de Tristán, la tradición cátara maniqueísta, los mitos celtas, etc... Rougement analiza la influencia del mismo mito en nuestra historia hasta nuestros días desde diferentes puntos de vista. Desde el literario revisa la influencia de la idea del amor en Europa producto de la expansión de los antiguos heréticos perseguidos, llegando al punto de introducirse en forma de retórica en obras o fragmentos clericales, precisamente aquellos que les habían perseguido décadas antes! La posterior llegada a Italia de la "pasión mística", el amor terrenal como un obstáculo hacia el amor místico y la consagración de una dama más cercana a la idea de Dios, glorificación humana hacia un estado divino; el paso por Petrarca y el "lenguaje del amor como retórica general del corazón"; y "la resurrección del mito trágico" con Romeo y Julieta, otra clara historia del amor desgraciado que culmina con la muerte de sus protagonistas y donde se introducen también aspectos como el filtro, la voluntad de un amor por encima de las normas, etc... más tarde, el "eclipse del mito" con la llegada de la razón del estado moderno y la importancia del matrimonio; la oposición a Tristán ("idea") con Don Juan ("carne"), a quien Rougement caracteriza por su "voluptuosidad" y su imposibilidad de amar; tras el vacío, la recuperación del mito trágico en sentido estricto con el romanticismo alemán, la pasión por el mundo de la noche y oscuridad como encuentro del amor, la importancia del sufrimiento y la sublimación de la muerte como acto final; de aquí hasta Wagner y la "restitución" del mito de manera total; así, caer más tarde hasta su degradación, amoldándose a las nuevas formas y valores sociales y entrando en la materialización y perdiendo absolutamente su carácter más sagrado. El mito y su influencia maniquea desaparecen hoy, pero el autor afirma que sus vestigios se introducen en la literatura en "forma de retórica", y más allá, en nuestros valores, con la devaluación y deprestación del matrimonio como medio de amor eterno.

Mas *sui generis* es la comparación o paralelismo que ofrece Rougement entre el amor o el amor-pasión y la guerra a partir de un análisis de las formas de batalla desde la época medieval hasta las últimas guerras. Observa una influencia recíproca en sus inicios, similitudes en el "arte de amar" y el "arte de guerrear", el uso de conceptos parecidos e incluso procedimientos parecidos en una batalla o en una aproximación a la dama y su pasión en las dos por el sufrimiento. Hay en ambas una búsqueda del peligro (del obstáculo voluntario!) para hacer del amor o de la guerra un acto heroico que eleve la acción y el amor de los protagonistas. Bajo este punto de vista encuentra en el planteamiento de los torneos medievales una perfecta fusión de los estímulos amorosos y de guerra, un "heroísmo por amor", la unión de lo épico y lo "erótico" dentro de un juego predeterminado. La evolución en las formas de practicar la guerra sigue los pasos de los valores del amor, y como hemos visto antes con la concepción del amor pasión a lo largo de la literatura, hay una decadencia progresiva también en las batallas, en su forma y en su fondo hasta la primera guerra mundial, que supone, según Rougement, el mayor desastre para la humanidad y para la sexualidad. Se ha perdido ya todo el misticismo de la muerte simbólica para llevarla al materialismo físico, con las muertes a distancia, la devastación y aniquilación anulan ya cualquier tipo de vestigio mítico o heroico.

La evaluación de la influencia cátara dentro del Tristán permite al autor acabar fabulando sobre la concepción y crisis actual del matrimonio como paralela a la concepción herética medieval del mismo. Ve en el matrimonio, igual que sucede en la poesía trovadoresca y en general en el amor cortés, una forma de posesión que, como tal, supone la aniquilación total de la pasión. Por ello no lo encontramos entre Tristán Isolda, supondría la desaparición de todo obstáculo, su amor debe ser adúltero para colmar las necesidades de su pasión. Con el matrimonio desaparecen los obstáculos necesarios, y con el actual Rougement observa que hay una sustitución de estos obstáculos por otros como los celos, una necesidad que el amado vuelva a parecernos algo lejano, que se aleje de nosotros para revivir la pasión. De alguna manera es lo mismo que sucede en el *Erec*, román en el que sus enamorados llegan a consumir el matrimonio pero que necesitan de nuevo una distancia entre ellos para que les transporte de nuevo a su estado más puro de pasión.

Sin duda, hay una definición del matrimonio en base a la fidelidad que Rougement critica, le otorga un carácter negativo de cara a vivir la felicidad puesto que la fidelidad se trata de un

compromiso socio-racional, y como tal anula la pasión, que es precisamente lo que debería suponer la base de una relación amorosa. La fidelidad va contra el deseo, contra la pasión, es totalmente reflexiva, pero a pesar de ello es lo que hoy en día rige en el amor como elemento infranqueable. El mismo Tristán, según Rougement, no es fiel a Isolda, llega a casarse con otra, pero sí que es fiel a la pasión cuando es infiel a la amada, como un obstáculo más para elevar la pasión entre ambos.

De esta forma Denis de Rougement repasa a partir del mito de Tristán y de las tradiciones que lo influyen la huella de los mismos dentro de nuestra cultura del amor, de nuestros valores, evaluando la supervivencia o muerte de sus factores a lo largo de nuestra historia.